

Valores y lectura

Alfabetización para una sociedad multicultural

Mesa redonda: Literatura infantil y valores. Editar para niños y jóvenes (Cuenca, 20-22 de octubre de 2004)

Acercarse al tema de los valores y la lectura en el ámbito de la edición de libros para niños y jóvenes, requiere a mi juicio ponerse guantes de amianto o armarse de un detector de metales pues el territorio se encuentra completamente minado.

Y trataré de explicar que quiero manifestar con esto en el breve tiempo de mi intervención.

En primer lugar debo decir que, desde mi punto de vista, en términos generales, en la sociedad actual uno encuentra en los medios de comunicación y en los foros de debate demasiados discursos que dan respuestas simples a problemas complejos, sean cuales sean éstos, y de manera concreta sobre el asunto que nos convoca –*Valores y lectura en una sociedad multicultural*– aparecen además algunos malentendidos, empezando por el término multicultural, y demasiadas buenas intenciones. Ello sumado a la creciente trivialización que, de forma bastante general, realiza la literatura infantil cuando

aborda los conflictos, sobre todo los que pertenecen a la esfera de lo social, produce que uno observe el fenómeno con una cierta distancia, mucha prudencia y bastante incredulidad. Y no porque uno tenga respuestas para esos

problemas, creo que ya es bastante tener dudas razonables.

Una prueba de la superficialidad a la que me refiero la ofrece una serie de libros para niños o jóvenes, que más parece el catálogo de una ONG que una relación de textos literarios. Nada tengo que decir en contra de los libros, todo lo contrario, de conocimientos o documentales, que sensibilicen a los aprendices de ciudadanos sobre las injusticias que, por ejemplo, asolan a diario el continente africano, o sobre la mano de obra esclavista infantil en el extremo oriente, o sobre la pederastia propiciada por una oferta cada vez mayor de turismo sexual. Injusticias todas ellas, como las demás, que se cometen con la complicidad de un primer mundo hipócrita.

Siento, por otro lado, que todos estos conflictos tienen que ser abordados de manera reglada en el ámbito de la institución encargada de la socialización de los individuos, que debería ser la escuela, y no la televisión, y entiendo que, para desarrollar esos trabajos, la escuela se ayude, entre otros materiales, de libros específicos que aborden estos u otros conflictos. De igual modo que se vale de manuales, hace pocos años impensables en el ámbito educativo, para prevenir el tabaquismo, la drogadicción, el SIDA, los embarazos adolescentes no deseados o el alcoholismo. Y máxime en unas aulas en las que cada vez con mayor presencia existen niños y niñas de diferentes razas, la mayoría expulsados de su país, con hábitos y costumbres bien distintos a los nuestros y con diversos credos religiosos, algunos vividos con un fervor integrista.



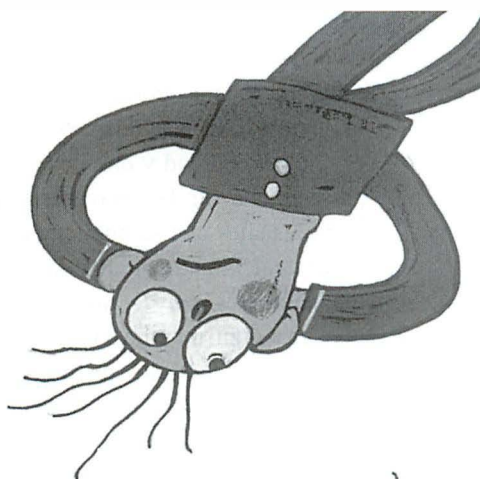
Serge Ceccarelli. *¡Tarjeta roja a la violencia!*. Serres, 2004

Creo sinceramente que este escenario es lo suficientemente complejo, como para que todos los implicados en su intervención, meditáramos seriamente sobre los modelos que debemos ofrecer, sobre los materiales que se deben utilizar, y sobre las explicaciones que deben darse para la integración solidaria de los niños procedentes de otras culturas, a esos conflictos que precisamente son los que han propiciado este escenario. Lamentablemente, a mi juicio, el tratamiento de estos problemas u otros, más de índole nacional, como pueden ser la contaminación del medio ambiente o la conservación de la naturaleza, se hace mediante libros que se llaman de literatura infantil y juvenil, y que, por otro lado, tampoco son libros documentales. En definitiva, libros que, como decía antes, miran el fenómeno con un cierto paternalismo, y proponiendo en demasiadas ocasiones soluciones simples a problemas profundamente complejos.

Es cierto que el escritor, como toda persona sensible, está impregnado de los acontecimientos que le rodean, como se dice, es un hombre o una mujer de su tiempo, y, consecuentemente, alguno de estos temas salpicará las páginas de su obra literaria.

De igual modo que también lo es el editor que, lógicamente, estará atento a estos temas candentes que constituyen uno de los focos de su atención. Ésta es una realidad parece que evidente en la literatura canónica, aunque no siempre. Pero excepcionalmente lo es, desde mi punto de vista, en la literatura infantil y juvenil. La presencia de estos u otros problemas sociales surge en este territorio, de forma bastante general, de la mano de la oportunidad, y no de la necesidad interior de un escritor; pulsión necesaria, aunque no suficiente, para la aparición de una obra literaria. Imagino que alguna responsabilidad tiene en esta confusión, la escuela: no se puede analizar a mi juicio el fenómeno de la literatura infantil y juvenil de los últimos 20 años en España, sin contemplar las demandas de temas *ad hoc* por parte de esta institución. No sé si este tipo de libros hará mejores ciudadanos, lo que sí sé es que no hará lectores.

No entiendo porque esta alforja –como la llamaría mi amigo Fernando Alonso– se le quiere cargar también a la literatura infantil, de igual modo que hace unos años se le cargó la de las famosas Áreas Transversa-



Teresa Martí. *L'Andreu i el mirall de les ganyotes*. Cruïlla, 2004

les, de las que todo el mundo hablaba, pero que nadie sabía qué hacer con ellas a la hora de armar los proyectos curriculares. Recuerdo un libro pedagógicamente interesante y consecuentemente prescindible que apareció hace años y que por suerte duró muy poco en catálogo, que se titulaba *El hada perezosa*. La peripecia era una trivialidad, toda ella un pretexto para orientar, a través de una guía adosada al volumen dirigida a los padres, que sus hijos fueran más ordenados, más limpios y más obedientes. Libro que estoy convencido despertaría la hilaridad de Gustavo Martín Garzo, lúcido analista de los cuentos maravillosos y señalador eficaz de su valor simbólico. Valor del que por cierto pocas veces se habla, y que tan necesario y benéfico es.

Pienso que una de las responsabilidades de un editor de libros para niños, como mediador cultural que es, debe ser, al menos como actitud y asumiendo por supuesto las equivocaciones, la de publicar textos literarios verdaderos, denuncien o no los conflictos actuales que están de moda y las agencias informativas aún no hayan secuestrado.

Muchas veces se habla de un título y se dice de él que está muy bien para tratar tal o cual tema en el aula, porque lo aborda de una manera real. Es posible que sea así, pero una cosa es la realidad y otra cosa es la verdad. ¿Acaso una de las mayores perversiones audiovisuales que se publicita como la realidad total filmada durante las 24 horas del día, como es *Gran Hermano*, no es otra cosa que una gran mentira? Quizá una mentira millonaria, y, por ello, mentira doblemente.

Los textos verdaderos nacen de la verdad de un autor, y por supuesto que contienen mentiras, sí, las que el escritor se cuenta a sí mismo –mentiras necesarias que todos nos contamos para sobrevivir y de algunas ni somos conscientes–, pero no mentiras premeditadas, que nacen del estereotipo, aquel lugar en el que nunca está el cuerpo, o del artefacto, y que hacen que la obra sea inverosímil, o definitivamente falsa.

Dice Silvia Castrillón, la persona que dirigió durante tantos años la prestigiosa institución colombiana Fundalectura, encargada de la promoción del libro infantil en aquel país: “La mayoría de los niños en su etapa escolar van a leer muy pocos libros, al menos que esos pocos sean buenos”.

Permítanme una última reflexión al respecto. La reciente distribución de libros editados en otras latitudes en idioma español, nos ha permitido conocer algunos catálogos editoriales que abordan en muchos de sus títulos costumbres, leyendas, mitos, episodios históricos locales, y conflictos nacionales o internacionales, con puntos de vista frecuentemente opuestos a los nuestros. En muchas ocasiones he encontrado en estos libros más de una mirada sobre algunos de los problemas que incluiríamos en la esfera de lo multicultural, y que contrastada con la nuestra evidencia la necesidad de al menos una mínima revisión histórica; revisión tan necesaria como incómoda, siento que especialmente en el ámbito escolar. Estoy hablando de sellos como Ekaré o Plaico, de Venezuela; Fondo de Cultura Económica o Petra Ediciones, de México; Norma de Colombia; o Hispanoamericana, Libros del Quirquincho y Siglo XXI de Argentina.

Existe una mirada paternalista, a veces abiertamente censuradora, sobre el tratamiento que en ocasiones los libros hacen de determinados conflictos. Esto se observa especialmente en la selección de títulos para

niños que se hace en el ámbito escolar o bibliotecario. Pondré como ejemplo el libro *La isla*, del ilustrador suizo Armin Greder, publicado el año pasado por la editorial Lóguez. Me consta que más de un comité de selección de lecturas infantiles en bibliotecas y en Centros de Profesores –grupos de trabajo por otro lado solventes y bien informados–, propuso que este álbum ilustrado se catalogara –en algunos casos se decidió directamente no comprarse– en la sección juvenil. Un libro que cuando se publicó en España venía precedido del suficiente reconocimiento internacional como para que no cupiera ninguna duda de su calidad.

Esta mirada no es exclusiva de maestros y bibliotecarios, de ella participamos en bastantes ocasiones editores, escritores y mediadores culturales. Una mirada, sin duda, llena de buenas intenciones, pero que asume la injusticia histórica propia tratando de paliarla desde la caridad, a veces ingenua, a veces complaciente con el pasado. Una mirada que colisiona con las que reivindican y demandan de reparación de los históricamente sometidos, y que vivieron la historia desde el lado de los explotados. *Canto general*, de Pablo Neruda, *Memoria del fuego*, de Eduardo Galeano, algunos cuentos como *El eclipse*, de Augusto Monterroso, son algunos ejemplos por sólo citar unos pocos de los más importantes autores canónicos latinoamericanos.

En el territorio de la literatura sin adjetivos, lo exótico, la otredad temida pero profundamente seductora, tiende a convertirse en fetiche. Un claro ejemplo de esto es la reciente Feria del libro de Frankfurt, dedicada al mundo árabe, ámbito geográfico en el que los principales escritores están exiliados de sus países de origen, en muchas ocasiones perseguidos, y hasta algunos amenazados de muerte. En el territorio de la literatura infantil y juvenil, lo exótico se convierte en algo más amable, propio del territorio, pero también más estúpido: en mascota.

Siento que solo desde una mirada verdadera, desprejuiciada y profundamente democrática, y no a costa de nadie, podremos, todos los implicados en el asunto, dilucidar cuáles son los senderos que todos juntos, nosotros y ellos, deberemos caminar. ❏

Antonio Ventura